

Domesticar la barbarie

(Sobre *La isla de Robinson*, de A. Uslar Pietri)

————— Mónica Marinone
Universidad Nacional de Mar del Plata

Cuando se han estudiado magistrales novelas latinoamericanas que hostigan el saber histórico, ciertos supuestos respecto de esta tendencia resultan difíciles de erradicar. Pienso, por ejemplo, en la valoración del discurso literario como ese lugar tan apropiado para ejercicios de desocultamiento, de interrogación y disputa, aun de contribución al llenado de vacíos historiográficos. Dicha valoración implica, en dimensión profunda, la configuración de estos relatos, ese principio formal de asedio a nociones de temporalidad e historicidad, ya como posibilidad de transgresión y socavamiento, ya como sacralización de esquemas interpretativos hegemónicos, desafío o acuerdo con fundamentos establecidos. Esos supuestos, sumados a la cualidad indicial

inherente a todo relato que re-escibe la historia, contribuyen en mayor o menor medida a un carácter intranquilizador y siempre obligan a expandir la propia mirada hacia lo previo, tanto para reforzar la indecisión basada en la noción de precariedad que conlleva todo lo sujeto a una mediatización lingüística, como para reinstaurar sistemas de lectura que entran en diálogo con renovado vigor. Si suele perderse de vista lo señalado por W. Benjamin a partir de palabras reveladoras, que la historia escrita es respecto de ciertas formas (épica / epopeya/ narración/ novela) "lo que la luz blanca... a los colores del espectro"(122), es decir, un punto de indiferencia creativa entre dichas formas, en casos como éstos, donde se trabaja *particularmente* sobre la base de una memoria que aun figurando ser memoria personal es *saber* transmitido, dicha relación interpe-la a veces de manera incómoda. Quizás por eso, amparada en estas justificaciones, vuelvo a apropiarme de ciertas preguntas de M. de Certeau (67) a propósito de la operación historiográfica y juego con ellas para revisar los supuestos anteriores a partir de *La isla de Robinson*, de Uslar Pietri¹, una de sus "novelas en la historia" como él mismo definiera alguna vez², que interesa además, porque se basa en un "real" (Simón Rodríguez) muy poco convencional en el ámbito de la escritura y el pensamiento latinoamericanos: ¿Qué fabrica este escritor cuando "hace su historia"; en qué trabaja; qué produce; desde qué lugar?

No cabe duda de que S. Rodríguez podría definirse como un "personaje de novela" cuya imagen discursiva oscila, en palabras de D. Miliani, entre el mito y la caricatura.³ Iconoclasta, transgresor olvidado por el canon⁴, héroe alternativo desde hace algunas décadas⁵, "intratable" para muchos de sus contemporáneos⁶, admirado por otros⁷, pero esencialmente uno de esos seres que, por dotes singulares, funcionó como un 'traductor' capaz de ligar discontinuidades. Magistralmente descriptos por

la semiótica, estos sujetos son vectores solitarios, quienes por su trabajo, aspiraciones, modalidad vital, *circulan por y pertenecen a* mundos diversos, permaneciendo (material o simbólicamente) en las periferias, en los confines entendidos como bordes y zonas de contacto. Un traductor que, habiéndose orientado en un universo de posibilidades, pretendió orientar a otros obsesivamente, quien en cada uno de sus impulsos, intentó la promoción de nuevos rumbos, siempre sometido a la fuerza del destino de una sociedad por encima del propio "*Nada pasaba en él y con él.*" (142) dice el relato de Uslar refiriéndose a una vida construida sobre un principio centrífugo, y cómo no recordar desde su Rodríguez, además de lo expuesto, esa constante que particulariza muchas de las novelas latinoamericanas que asedian la historia. Me refiero al peso que en este continente ha tenido la teoría del "hombre representativo", formidablemente cristalizada por Sarmiento (no sólo en el *Facundo* sino respecto de sí mismo, al homologar su destino al de América). Esta concepción de raigambre europea, tomada de lecturas europeas por muchos de nuestros letrados (Saint-Simon o V. Cousin, por ejemplo, y obviamente Hegel), permite considerar ciertas prolongaciones pertinentes en el caso de S. Rodríguez y su novelación. Me refiero a la proyección entre el "grande hombre" y el "genio" (según Saint Simon, el genio es lo que es porque es un "hombre representativo"). Desde esta perspectiva, desde el carácter enigmático que estos conceptos arrastran (el enigma es aquello que siempre espera ser revelado), la pulsión designativa y cognoscitiva que rige relatos de esta índole cobra nuevo sentido. Me apresuro a agregar que cuando digo "representativo" desde mi lectura y más allá de esta constante, pienso en el archivo como principio de reunión, porque como siguiendo el mandato del maestro argentino, Uslar continúa haciendo desempeñar a la biografía un papel social, memorialista (las memorias justamente propician un punto de vista dirigido al

exterior). A partir de la instauración – validación – de un sujeto que “... resume la historia... las ideas dominantes, las tendencias de la civilización y la dirección especial que el genio de los grandes hombres puede imprimir...” (Sarmiento *dixit* en 1842) figura escribir una verdad (a la manera del historiador) en el sentido de lo corroborable en los pre-textos, fijando *todo* lo recordado, guardado, acumulado (aun los ensayos propios), y adaptando a ello la expansión ficticia.

En este punto es hora de decir que la escritura de Uslar no se impone sobre la magnitud del personaje histórico elegido: muy asida a discursos, textos preexistentes, a un “real” verificable, no sofoca aquello sobre lo que se funda – recuerdo el *Supremo* de Roa como gesto / producto contrario, donde los pre-textos, aun afirmados a través del ejercicio paródico o del grotesco por ejemplo, sin embargo resultan asfixiados por lo que se impone con potencia inusitada, la escritura como tal. Si Simón Rodríguez fue un irreverente, si sus escritos fueron lo intranquilizador no sólo en su ideario sino en su forma⁸, Uslar decide por el camino domesticador, de sometimiento al orden de una prosa medida, es decir, a esquemas interpretativos hegemónicos (un ejemplo: el armado de la línea temporal de esta novela. Aun verificándose un quiebre que desde un “ahora” recupera el pasado, éste se incluye en un sucederse cronológico - de lo más lejano a lo menos, del nacimiento a la muerte- no habiendo casi descomposición, no propiciándose desconcierto, sino lo esperable de una biografía). Quizás ésta ha sido su aspiración, teniendo en cuenta esa referencia a “novela en la historia”. De ahí que lo previo (ajeno y propio) emerja a cada momento afianzado, por una nueva restitución, en su condición de sistema deglutido y cuyo aprovechamiento parece haber sido la mayor preocupación. Un sistema en el cual seguramente se ha pretendido incluir el texto resultante como

nueva pieza de engranaje en íntima trabazón, en pura conexión resonante, desechando combinatorias incómodas para dar paso a una convivencia conveniente

De acuerdo con lo expuesto, el primer efecto que me ha suscitado la lectura de *La isla de Robinson* es el de un deambular por el archivo. El uso 'deambular' no es ingenuo, abre en principio a dos instancias – la enunciación y el enunciado: si el viaje es un motivo fuerte en esta novela por razones obvias⁹, a través suyo se articula una resonancia entre el desplazarse y el escribir como actos encadenados y promovidos por el mismo impulso. Pero si este relato parece configurado como resultado de la exploración de un conjunto de huellas que constituirían el *como si* de una memoria privada fundida y absorbida por la memoria pública, esa suerte de 'deambular' a que me he referido involucra, además, actos de lectura continuamente acoplados: el del sujeto autoral, el del personaje, el nuestro. También maneras de circular -por lo escrito-, resultan variantes del viaje como lo formador, como *Bildung*: "*Todo eso lo he andado. Lo que está abajo, lo que está encima. Lo que no se ve*" (150-151).

De ahí que las imágenes de movilidad / inmovilidad que irradian a zonas diversas de esta novela, puedan operar a manera de sutura inicial de mi desarrollo. Según ha sido señalado¹⁰, la bio - grafía pone en relación instancias en las que variantes del cuerpo (de la escritura, de la vida) asociadas a la idea de transformación entran en juego. Y es innegable que para Uslar la escritura de una vida (la de Rodríguez) "sólo es pensable... en el horizonte de una escritura de la muerte", como señala N. Rosa (53). Porque el recordar del Rodríguez que Uslar figura es, además, la escritura de su muerte y de todos los muertos que regresan a través suyo (y cómo no volver al oficio del historiador¹¹), aunque absolutamente tensada hacia lo proyectivo

(una de las marcas de los escritos de Rodríguez¹²), tanto en función de lo ya indicado, el principio centrífugo de dicha vida siempre impulsada hacia afuera en acto y pensamiento, como de lo que no fue y todavía podría ser, porque es lo suspendido que espera cumplimiento. De ahí la pulsión de movilidad que signa el texto, aun cuando pareciera no ser desde la autogestión. Es decir, esta novela configura a un Rodríguez que en un presente, aun como cuerpo casi inmóvil en permanente traslado, sigue yendo *hacia*, moviéndose *hacia* un destino (Cabo Blanco, Amotape, su muerte), quien a su vez, en su recordar ininterrumpido, desde un pensar que es pura movilidad, no sólo recupera todos los trayectos que signaron su existencia (un pasado), además un sistema de ideas y de creencias cuya contemporaneidad ha sido hartamente reconocida por los críticos.¹³ Es entonces cuando surge con potencia la noción de futuro, hasta el nuestro. Por eso me parece que esta movilidad / inmovilidad, más allá de lo referido a una lectura de situaciones o momentos novelados, no debe escamotear cierta depuración de nociones como morir – muerte que vislumbro en trasfondo, permitiendo cierta reflexión más intensa. En tal sentido, un fragmento de M. Blanchot resulta particularmente iluminador: *"Habría en la muerte algo más fuerte que la muerte: el mismísimo morir... el morir descuaja del presente, siempre es paso del umbral... Morir es lo huidizo que arrastra indefinida, imposible e intensivamente en la huida"* (47).

La isla de Robinson sería entonces, además del relato de una vida, un relato del morir como nuevo proceso productivo, capaz de ligarse al escribir como lo conducente a un resultado o final: la escritura ("refugio ilusorio", y parafraseo a Blanchot en su concepto de muerte). Esta vinculación no es de ningún modo arbitraria, ya que la escritura como materialidad es el otro cuerpo recurrentemente incluido por Uslar, siempre cerca del

cuerpo inmóvil (transportado) de Rodríguez. Me refiero a la imagen de los papeles guardados en el baúl (el archivo entendido como espacio físico de reunión) que insiste en arrastrar en este último viaje. Esos papeles que jamás han sido abandonados, que se han acarreado durante toda la vida, a los que no se renuncia, ya porque son el único capital con que se cuenta (pienso en el poder que implica la posesión de este saber acumulado), ya por su carácter de prueba – testimonio, cuya sola retención valida a este sujeto histórico en su exasperada lucidez, capaz de la interpretación de su realidad y de una absoluta autoconciencia de cada uno de sus gestos:

“¿Dónde están las cajas?” Se las enseñaron. Estaban allí cerca. Junto a las cecinas secas y las cajas de velas (62)

“No te sientes allí”. No sobre la caja de los papeles, no sobre aquel rescoldo de incendio, no sobre aquel eco de lo más viviente de todo lo que él había vivido (183)

Como surge de las citas, las referencias a este otro cuerpo (*rescoldo de incendio, eco de lo más viviente*) dialogan con las cuestiones que he planteado, remitiendo también a la idea de vitalidad, de lo que aún produce o puede producir, es decir a la transformación: lo documental, los textos publicados que seguirán operando, aquello que puede ser re – interpretado y no se agota porque permite infinitos asedios, aun lo suspendido que espera cumplimiento (los textos íntimos, los borradores o “textos cautivos”). Porque el concepto de transformación que implica movimiento, ruptura de un orden y establecimiento de otro (y es inevitable asociarlo al de “educación”), resuena en todos los planos de este relato tras las nociones previas, desde

el motivo del viaje constructor de una personalidad (*Bildung*) entendido literalmente, hasta las nociones de escritura - lectura (dije, variantes del viaje). Las siguientes imágenes, al ser encadenadas, elucidan tanto la observación como estos vínculos:

Un círculo y una recta, una rueda y una vara, el aro y el palo del niño que corre por la calle ensimismado, era todo lo que se necesitaba para poner todo por escrito. (59)

Era lo que decía aquel griego Arquímedes, que le dieran una palanca y un punto de apoyo y movería el mundo. Esa palanca existía para cambiar la sociedad. La educación... (145)

Nociones de linealidad y circularidad repetidas a través de sustantivos que ligan los actos más simples y más complejos fundados en la pura movilidad y la transformación que ésta conlleva indefectiblemente. Actos capaces de desarrollarse por sujetos individuales (la escritura, la educación como juegos y recordemos a Wittgenstein para desplazarlos de cualquier connotación peyorativa) cuya repercusión compromete una totalidad (*todo, el mundo*). Actos impulsados por la voluntad, absolutamente perturbadores (como la escritura de Rodríguez, su concepto de educación o sus proyectos pedagógicos) que inevitablemente cambian estados previos de equilibrio, constituyendo por esta razón y siempre, alteraciones en el orden de lo real.

Recupero el primer efecto de lectura de la novela para repensar el archivo como comienzo y, esencialmente, como principio de reunión a efectos de potenciar y entramar mi desarrollo. Atendiendo a las primeras preguntas (Qué fabrica este escritor cuando "hace su historia". En qué trabaja. Qué produce.

Desde qué lugar), me interesa este *Robinson* como pre - texto para la recopilación de imaginarios, obsesiones y faltas. Esta figura potentísima es convocada por Uslar en nueva tentativa de designación, des - cubrimiento y afirmación, entre otras cosas, por su poder concentrador (*"Eran infinitas voces de una legión de hombres. Pero siempre era la suya. (...) Todos estaban allí en su evocación y en su angustia. No era una balsa, era un continente. Eran dos continentes"*, 183, 244).

Rodríguez funciona como un archivo a partir del cual resulta posible revisar orígenes, mandatos y faltas que han ocupado a Uslar (como a muchos de nuestros intelectuales). En una breve enumeración recuerdo, por ejemplo, la exploración a través suyo, de la construcción de la identidad (de América) desde la elección del nombre, es decir, al significado que conlleva la carencia de un nombre único, definido y satisfactorio¹⁴; o una nueva vinculación Europa - América desde la expansión de los principios revolucionarios, y en este sentido, la educación (individual y nacional) debiendo ocupar el primer plano de las preocupaciones (recordemos que la gran enseñanza del s. XVIII había sido dar protagonismo a lo pedagógico). Una educación a la manera de pura consolidación de la autogestión, intenso aprendizaje a través de la Naturaleza, de los hombres y de las cosas (como deseara Rousseau, como experimentara y defendiera Rodríguez), proceso formativo de una voluntad entendida como el pensar en libertad, por fin voluntad consciente de los individuos y fundamento, entre otras cosas, de la voluntad colectiva (otra vez Rousseau y Kant, por supuesto).¹⁵

La simple enumeración (mis palabras) gira en torno a la cara constructiva (transformadora) de la modernidad. Pero, al mismo tiempo, Rodríguez permite a Uslar volver presente la cara poco visible de dicha modernidad desgarrada desde sus co-

mienzos, una tensión instalada ya en su inauguración. No me refiero al "i-rracionalismo" de algunas tendencias vanguardistas (aunque formalmente sus escritos parecen un antecedente de las mismas), ni a una protesta defensora de la sensibilidad (aunque el complejo mundo de los sentimientos humanos era uno de los aportes de Rousseau que Rodríguez valoraba), ni al desorden (aunque desde su gestualidad a sus elecciones resuena este concepto). Sólo al imaginario de la crisis, en tanto representación y punto máximo de exaltación a través de la autorreflexión, de la autoconciencia de un fracaso que fue en sus escritos (repitiéndose en esta novela) la puesta en letra de una incompletud en tanto vivencia radical, un vacío materializado a través de acontecimientos definitivos que siguieron tras las luchas independentistas (la muerte de Bolívar, las guerras civiles). Porque Rodríguez propicia la actualización del carácter retórico de muchos gestos fundacionales modernos en Latinoamérica, de la enorme dificultad que significó para no pocos de nuestros intelectuales, la experimentación de una modernidad como situación cuya naturaleza esencial fue y seguiría siendo discursiva, naturaleza promovida e irrigada por los propios proyectos constructivos que se defendían y eran inaplicables, quedando por eso suspendidos, a la espera de cumplimiento:

Él podía reventar en cualquier momento, pero lo que quedaba en aquellos cajones... (era) todo lo necesario para cambiar el destino de aquella gente... desde el aprendizaje hasta el trabajo y la vida ... Él sabía lo que había que hacer, lo que hubiera habido que hacer... (61)

Me parece que éste es el mayor atractivo de Rodríguez. Si

fue uno de quienes (como Rousseau y Chateaubriand) se dio cuenta de que estaba viendo / viviendo un cambio histórico y logró registrarlo (representar la crisis), si fue un traductor que produjo en ese sentido formando parte de dicha transformación, a la vez pudo distanciarse mediante el examen del fracaso, de la imposibilidad que se daba y seguiría dándose, y aun de la contradicción, logrando así, la máxima profundización de la separación, mediante los gestos de conciencia de crisis, crítica y autoconciencia. Desde esta versión, Rodríguez se vislumbra como seguramente muchos lo hemos pensado al leer sus escritos, una incipiente cristalización del "intelectual" moderno (recordemos a Bauman: cuando esta palabra empezó a circular en los primeros años del siglo XX, se intentó recuperar y reafirmar, a través suyo, *"la centralidad societal y las preocupaciones globales asociadas con la producción y difusión del conocimiento durante la era de la Ilustración"*¹⁶). Mejor aún: un intelectual destacado en la práctica de la crítica social a la manera moderna. Por esto la novela de Uslar redundaba en la "queja": Rodríguez fue un maestro en la queja especializada, por ejemplo a través del cuestionamiento escéptico, de la profecía airada o de la especulación utópica, todas formas que la crítica social asume. Y por tal razón hice referencia antes al gesto de afirmación (la queja es justamente una de las formas de la autoafirmación), de autoconciencia de su rol y aun de la faceta dolorosa que éste suele traer aparejada: la sentencia a una soledad irremediable. La elección del título de la novela y su repetición en el cuerpo a modo exploratorio abren justamente a este campo semántico. Por un lado *La isla de Robinson* irradia, obviamente, al *Robinson Crusoe*, genotexto y parte del sistema de lectura de S. Rodríguez que Uslar reconstruye (el *Emilio* es el otro texto fuerte, pero también están *El lazarrillo...*, *Atala*, *La Nueva Eloísa*, *El príncipe*). A través de la novela de Defoe proyecta sin duda, a un imagi-

nario de época, el *selfmade man* (pienso en Tocqueville y en Sarmiento, lector fascinado de ambos, propulsor de la "meritocracia"). Pero además está ese regodeo en el insularismo¹⁷ como lo que oprime con fuerza centrípeta haciendo gravitar hacia adentro y tensionando al personaje, quien, como señalé, es una fuerza centrífuga. Es decir, a cierto aspecto restrictivo de la experiencia vital del intelectual (más allá de especulaciones sobre causas personales o rasgos psicológicos), a ciertos incómodos, frustrados modos de inserción y de dinámica relacional (otra vez Rodríguez como archivo) de las que se tiene absoluta conciencia. Usler insiste en esta soledad (en la distancia) desde una constante que atraviesa el relato de principio a fin: la incomprensión de Camilo y Cocho, atentos, solícitos, acompañantes del último viaje: "*Camilo lo oía mal sin entender ... Qué iba a comprender Cocho... Eso no lo podía siquiera imaginar el pobre...*" (153)

Como se ve en las citas, como la elección de las palabras pone de manifiesto drásticamente, se trata de la explicación de una distancia propiciatoria, a su vez, del carácter especializado de su "queja", alejada del gesto común, cuyo sentido es expresado desde la exhibición de unas garantías hasta la demanda de una autoridad especial que, *per se*, lo hacen situarse irremediamente (como a tantos otros) al margen (por encima) del *demos*¹⁸: "... era la brújula para que pudieran hallar el rumbo de salvación aquellas gentes perdidas en la ignorancia y la estupidez. Los generales, los ministros, los peones, los esclavos, los cholos, los obispos" (61). El fragmento es elocuente respecto de una reafirmación de la centralidad societal de quienes producen y difunden conocimiento, asociada a la idea de responsabilidad moral que la posesión del saber conlleva (los hombres-fuerza, los hombres de letras). Notemos que la enumeración no incluye a los pares (la denominación "ministros", que

podría hacer pensar en intelectuales, remite a la función política, desactivando esta interpretación), a pesar de circular por zonas del entramado social. El procedimiento (el uso de la coma) homogeneiza, además, a los "otros" (todos son "gentes perdidas en la ignorancia y la estupidez"). El empleo de los sustantivos "brújula", "rumbo", "salvación" potencia no sólo la connotación de "liderazgo" inherente a cierto sujeto (intelectual), sino la de "carencia" referida al resto.

En realidad se trata de la reactualización (de una revaloración) del síndrome poder – conocimiento gestado en la Ilustración y vuelto uno de los atributos más conspicuos de la modernidad, que remite obviamente a la construcción de una topología jerárquica (y pensemos nuevamente en Defoe, aunque desde una perspectiva menos sentimental) Justamente lo que caracteriza la estrategia moderna del trabajo intelectual es lo que Bauman sintetiza en la metáfora del "legislador" (literalmente encarnado por Bello y muy bien interpretado por Rodríguez), que consiste en la posibilidad de hacer afirmaciones de autoridad hacia un arbitraje en controversias de opiniones, las que, tras haber sido seleccionadas, pasarían a ser correctas y vinculantes.¹⁹ Este ejercicio, que prospera en una época cuando tiene vigencia el supuesto de que existen vías para determinar la verdad de las creencias, produce una imagen de intelectual lanzado a legislar, tanto sobre las opiniones del resto, como sobre un vacío que debe ser llenado o sobre la imperfección de un real acuciante. De ahí el concepto de educación como aparato capaz de regular lo desregulado o de introducir orden en la realidad social. La educación como necesidad ("*l' éducation peut tout*" decía Helvetius²⁰) y como función de todas las instituciones sociales, un aspecto de la vida diaria, efecto total de la planificación de la sociedad. Podría decir, citando a Rodríguez, una "educación social" en aras de la formación

de una generación capaz de participar en la construcción de un orden tal que casi haría superfluas las escuelas. Obviamente esta concepción, como destaca Bauman (12), no escapa a la idea de control (dominio sobre la naturaleza, planificación o diseño de la sociedad) en beneficio de la acción ordenadora entendida como la manipulación eficiente de las probabilidades (absoluto distanciamiento en cada proceso de objetivación) Y vuelvo al título de la novela para su densificación. La isla es un lugar alejado de una totalidad, *hacia* el cual es posible navegar, si se pretende un acercamiento, un desembarco feliz (*"La isla era él mismo. Allí llegaban todos. Los años y las gentes. Llegaban y partían"*, 17-18) La isla es también el uno frente a todo (*"El hombre de la isla ... El hombre solo frente al mundo desconocido y ajeno"*, 18). Nuevamente la tensión entre lo centrífugo y lo centrípeto fundando una experiencia y esencialmente una dinámica relacional del intelectual (Rodríguez, Uslar quizás).

El concepto de heroicidad ronda en esta novela desde la primera opción de escritura, la decisión de configurar a este personaje ("genio") en absoluto protagonismo a través del gesto biográfico, en una centralidad manifiesta a pesar del uso de la tercera persona. Si por un lado se percibe cierto "desnudamiento" de los "lados oscuros de Rodríguez"²¹, es difícil desprenderse, por ejemplo, del elogio de su pasión crítica (del elogio del intelectual moderno) o de esa posibilidad de poner en letra hasta la aceptación de sí mismo en la exacerbada desmesura que los otros le atribuyen. Es clara la fascinación que ejerciera sobre Uslar, quien lo ha escrito y re-escrito reiteradas veces, y si por un lado es posible recuperar desde su novela, la noción de *archivo* como lugar de reunión o sistema de referencia, quizás también deba pensarse el concepto como *comienzo* y *mandato*, en palabras de Derrida como "... *allí donde las cosas comienzan*...", mas también el principio según la ley, ... *allí don-*

de se ejerce la autoridad, el orden social ...”(9) Es decir, como ejercicio de refijación de un origen suspendido que por requerir cumplimiento, sigue siendo lo deseado. Sin embargo, a los lectores que hemos circulado por la escritura del maestro Robinson nos queda otro resabio de ausencia, podría decir, otra incompletud: el deseo de leer su magnitud en la pura realización textual.

Notas

- ¹ . A Uslar Pietri, *La isla de Robinson* (1982). Barcelona: Seix Barral. Las citas y paginación referida corresponden a esta edición.
- ² . Citado por D. Miliani: 36.
- ³ Nació en Caracas en 1769 y fue registrado como expósito con el nombre de Simón Narciso Jesús Rodríguez. Su padre parece haber sido un clérigo llamado Carreño, cuyo apellido también llevó Simón por un tiempo (Uslar Pietri, entre otros, desarrolló una exhaustiva investigación sobre su ascendencia). Nombrado “maestro de primeras letras”, contó entre sus alumnos a Simón Bolívar. De esta época es su primer plan de reformas de la educación primaria, obviamente rechazado. Residió en Jamaica, Filadelfia y Baltimore. Entonces adoptó el nombre de Samuel Robinson. Luego se instaló en Bayona, París y Lyon. Viajó (con Bolívar) a Italia, recorriéndola. Más tarde fueron Prusia, Polonia, Rusia y finalmente, en 1823, América (Cartagena, Bogotá, Perú, Bolivia, Chile, Ecuador). Murió en Amotape (Perú) en 1854. Se lo ha vinculado con las primeras conspiraciones de Gual y España (1797), en Venezuela. Desarrolló tareas de distinta índole para sobrevivir en la mayor de las miserias (en imprentas, haciendas, fabricando velas, supervisando salinas, etc.) y siempre impartió clases, escribió y publicó ensayos bregando por la transformación de nuestros contextos. En su obra se destacan: *Sociedades Americanas en 1828* y *Luces y virtudes sociales* (1834).
Para una lectura detallada de su “Cronología”, ver S. Rodríguez, *Sociedades Americanas*: 310-334.

- 4 Señala D. Miliani (27): "... las obras de Simón Rodríguez (no) tuvieron versión venezolana hasta 1954, fecha centenaria de su muerte. Olvidadas y dispersas en folletos o periódicos de Chile, Ecuador, Perú y Colombia, Pedro Grasas las agrupó en dos volúmenes. ... hubo que esperar hasta 1975 para que circularan sus *Obras Completas* bajo el sello de la universidad que lleva su nombre. Antes. ... el mito de una desaparición total de la obra en el incendio de Guayaquil disculpó el esfuerzo de recuperar, y, sobre todo, leer su doctrina en Venezuela."
- 5 Uso una expresión de J. Lasarte (47): "¿Cómo leer a quien sin duda es, especialmente desde los años '60, el héroe alternativo? ... A partir de allí la figura de S. Rodríguez. ... gana un espacio inédito, suficiente como para considerarlo parte del limitadísimo parnaso contracanónico. La crítica que se ha ocupado de S. Rodríguez, por distintas razones, ha hecho de él emblema del utopista revolucionario -demócrata radical y populista pleno-, de original americanismo, de crítica del poder letrado, de experimentalista -¿concretista y conversacional?- de genio y visionario incomprendido."
- 6 "Considero a don Samuel un hombre muy instruido, benéfico cual nadie, desinteresado hasta lo sumo y bueno por carácter y por sistema; *pero lo considero también con una cabeza alborotada, con ideas extravagantes y con incapacidad para desempeñar el puesto que tiene*" (Carta de Antonio J. de Sucre a S. Bolívar, Cfr. S. Rodríguez, *Sociedades Americanas*: 323. Subrayado mío)
- 7 "¡Oh, mi Maestro! ¡Oh mi Amigo! ¡Oh mi Robinson! Usted en Colombia, usted en Bogotá y nada me ha dicho, nada me ha escrito. Sin duda es usted el hombre más extraordinario del mundo (...). Si, mi amigo querido: Usted está con nosotros. ¡Mil veces dichoso el día en que Usted pisó las playas de Colombia! Un sabio, un justo más, corona la frente de la erguida cabeza de Colombia" (Carta de S. Bolívar a S. Rodríguez desde Pativilca, 19-01-1824, Cfr. S. Rodríguez, *Ibid*: 319).
- 8 La *Educación Mental pide mucha* Filosofía
La • Moral • *muchas* combinaciones
La • Física • *muchos* conocimientos
La • Social (de todo { muchos conocimientos
mucho { muchas combinaciones
{ y mucha filosofía
y todas una larga experiencia

hacer NEGOCIO con la EDUCACIÓN
es .
diga cada Lector todo lo malo que pueda
todavía le quedará mucho que decir

El diseño, el espaciado, las mayúsculas, bastardillas y negritas son de Rodríguez (Tomado de Simón Rodríguez, *Ibid.*: 216)

⁹ . Ver nota 3 supra.

¹⁰ . N. Rosa: 46-54

¹¹ . M. de Certeau: 67

¹² . He descripto esta tensión en M. Marinone: 31-46

¹³ Cito como ejemplo a Ángel Rama: "La vigencia del pensamiento de S. Rodríguez, que hoy resplandece intacto como si acabara de formularse para las sociedades latinoamericanas del presente, se debe tanto a su constitutivo fundamento democrático, elaborado en el crisol optimista del Iluminismo y de la revolución emancipadora, como al fracaso de los estados nacidos de la Independencia para llevar a cabo las doctrinas de redención social que animaron al movimiento libertador"(15).

¹⁴ . Señala Uslar (1990:109): "El nombre forma parte de la identidad. Lo sabían los lógicos, lo saben los taxonomistas, lo experimentan diariamente los escritores. Lo que no tiene nombre es como si no tuviera ser. En muchos sentidos nombrar es crear".

¹⁵ Educar es .
CREAR VOLUNTADES.

Enseñen, y tendrán quien SEPA.
Eduquen, y tendrán quien HAGA

Cfr S. Rodríguez, *Op. cit.* : 282

¹⁶ Sigo a Z. Bauman.

¹⁷ Ver *Insularismo*: 18

¹⁸ . Me baso en Walzer: 11-35

¹⁹ . Tomo expresiones de Z. Bauman: 13-14.

²⁰ . Citado por Bauman: 104.

²¹ Juego con el título de Lasarte.

Bibliografía

- Bauman, Z. (1997). *Legisladores e intérpretes*. Bs As: Univ. Nac. de Quilmes
- Benjamin, W. (1991) *Para una crítica de la violencia y otros ensayos Iluminaciones IV*. Madrid: Taurus.
- Blanchot, M. (1990). *La escritura del desastre*. Caracas: Monte Ávila
- de Certeau, M. (1993) *La escritura de la Historia*. México: Universidad Iberoamericana, 2da. ed.
- Derrida, J. (1997) *Mal de archivo*. Madrid: Trotta.
- Insularismo. Obras de A. Pedreira* (1970) San Juan de Puerto Rico: Inst. de Cult. Puertorriqueña, T. I.
- Lasarte, J. (1998). "El lado oscuro de Simón Rodríguez", *Estudios*. Año 6, N°12 (julio-diciembre): 45-71.
- Marinone, M. (1999). *Escribir novelas. Fundar naciones* (Sobre R. Gallegos y la experiencia venezolana). Venezuela: Ed. El Libro de Arena.
- Miliani, D. (1994). "S. Rodríguez: el hombre entre la historia y la ficción", *Esplendores y miserias del s. XIX. Cultura y sociedad en América Latina* (Comp. por B. González Stephan y otros). Caracas: Monte Ávila: 25-37.
- Rama, A. (1984). *Ensayos sobre literatura venezolana*. Caracas: Monte Ávila.
- Rodríguez, S. (1990). *Sociedades Americanas*. Caracas: Biblioteca Ayacucho (Pról. García Bacca, Ed. O. R. Ortiz, Cron. F. Morales, Bibliog. R. Lovera- De Sola).
- Rosa, N. (1990). *El arte del olvido* (Sobre la autobiografía). Bs As: Puntosur.
- Sarmiento, D. F. (1948) "De las biografías", *Obras Completas*. Bs As: Edit. Luz del Día.
- Uslar Pietri, A. (1990). *Godos, insurgentes y visionarios*. España: Seix-Barral.
- Walzer, M. (1993) *La compañía de los críticos. Intelectuales y compromiso político en el s. XX*. Bs. As: Nueva Visión.